

VARGAS, PREDICADOR DEL BIEN E IDEOLOGO DE LA JUSTICIA *

Por MANUEL VICENTE MAGALLANES

En Venezuela resulta algo extraño, demasiado curioso, bastante original, encontrar a alguien que pueda llamar “vano” el título de Presidente de la República. Parecería contradictorio este criterio por cuanto la posición en sí ha sido la más codiciada por todos los caudillos, los altos conductores civiles o los simples líderes políticos. Los casos no dejan de ser patentes en la actualidad. Es un decir popular que en cada venezolano hay potencialmente un aspirante a esa Magistratura. El problema consiste en que el cargo es uno sólo, por lo que sería imposible repartirlo entre tantos. Aun cuando existiera la posibilidad de ser Presidente apenas por un día, sólo 365 venezolanos tendrían opción cada año, lo que no sería una solución ecuánime, conveniente y adecuada. De modo que no deja de ser una calamidad pública pretender encontrar una fórmula apropiada para atender a lo que muchos estiman un derecho legítimo, en un país que ya pasa de los 14 millones de habitantes.

Pero hubo un hombre excepcional que tuvo la franca y sincera propensión, no sólo de usar el calificativo que antes hemos anotado, sino —algo más extraordinario aún— de renunciar a una candidatura visiblemente triunfante —como triunfante llegó hasta el final— para la Presidencia de la República. “Yo tengo recursos para servir a mi patria de un modo más eficaz y cierto —dijo— y de esta manera conseguir un honor más seguro y en nada menor que el *vano* título de Presidente”. Luego, por haber sido llevado a aquella posición contra su voluntad y hasta re-puesto en el cargo, renunciará también a la Jefatura del Estado. Este hombre de tan firme voluntad, de tan acerado temple, de tan erguida personalidad frente a la ambición y el halago, fue un guaireño ejemplar, un venezolano cabal nacido en este puerto de limpios horizontes, un ciudadano de egregia estirpe patriótica y humana. Se llamó para la vida, para la posteridad y para la historia, José María Vargas.

El cuento es largo y el personaje avasallante.

* *Discurso de Orden* pronunciado el 8 de marzo de 1985, en la Sesión Especial celebrada por el Concejo Municipal del Distrito Federal en la Casa Guipuzcoana, La Guaira, con motivo de la conmemoración del 199º aniversario del nacimiento del doctor José María Vargas.

Cuando en julio de 1808 se supo en Caracas que en las provincias de España, por oposición a la invasión francesa, se estaban constituyendo juntas gubernativas en nombre y defensa de Fernando VII, el Gobernador don Juan de Casas propuso al ayuntamiento proceder en la misma forma. La idea se le ocurrió después que se presentaron a Caracas los comisionados franceses, quienes tuvieron que huir por la protesta del pueblo, los cuales trajeron despachos del Consejo de Indias ordenando el reconocimiento de José Napoleón —hermano de Bonaparte— como Rey de España y de las Indias Occidentales. Luego el Gobernador echó atrás su iniciativa, tuvo miedo de ponerla en práctica y quiso que todo quedara como estaba. Mas los criollos caraqueños, que habían visto en la iniciativa del Gobernador una posibilidad de cambio, empezaron a presionar para que se constituyese la junta y el ayuntamiento aprobó un proyecto para su formación.

En la quinta de la caballeriza que la familia Bolívar tenía en las inmediaciones del Guaire comenzaron a reunirse muchos hombres importantes de la Capital, los que estudiaban la situación y deliberaban sobre lo que se debía hacer. Estos mismos, reunidos después en la casa de los Ribas, redactaron una representación en la que pedían al Gobernador la constitución de la junta, para que ejerciera la autoridad hasta tanto regresara al trono el Rey Fernando. Las cosas no resultaron como ellos esperaban. El 24 de noviembre de 1808 la Real Audiencia, a instancias del Gobernador, resolvió arrestar a los firmantes de la petición, por considerarlos conjurados contra las autoridades, Y es precisamente a principios de este mes cuando José María Vargas recibe la Licenciatura en Medicina y el 27, en plenos acontecimientos políticos, opta al Doctorado en la misma especialidad. Ya antes había recibido, en 1803, la Licencia en Artes y Filosofía y, en 1806, el título de Maestro en Arte.

Caracas se había conmovido con las medidas represivas del gobierno, pero cuando el joven médico, en febrero de 1809, parte a ejercer su profesión a Cumaná, tiene la satisfacción de que se han levantado los confinamientos y puesto en libertad a los detenidos, todos amigos suyos o de su familia. Esto lo estimula para que, tan pronto llega a la ciudad oriental, comparta el ejercicio profesional con la preocupación por los temas políticos. Lleva, además de sus ideas, *El Control Social* de Rousseau traducido por él mismo, para dárselo a leer a los cumaneses.

En diciembre del mismo año va a hacerle compañía, y pasan juntos la Navidad, su amigo el presbítero José Joaquín Liendo y Larrea, sacerdote sanfelipeño que anda huyendo de la persecución y activando la conspiración revolucionaria. Es el padre Liendo —quien después será miembro radical de la Sociedad Patriótica y el que la escinde para fundar El Club de los Sin Camisa— la persona que anima a Vargas en la activación del movimiento independentista y el que va a servir de vínculo entre los comprometidos de Cumaná con los de Caracas. De ahí que el médico participa en los hechos políticos que se suceden en Cumaná entre 1810 y 1811. “Cuando llegó a Cumaná la noticia de los sucesos del 19 de abril de 1810 en Caracas —dice Andrés Eloy Blanco—, Vargas fue el cerebro del movimiento correlativo local. Sin vacilaciones alentó, predicó, empujó los espíritus en favor de la independencia (. . .). Vargas, incansable, no cesa de alentarles. Acepta cuan-

tas comisiones se le confían; encárgase, sin sueldo, de la dirección e inspección de los hospitales militares; es vocal de la Junta y luego Diputado a la Asamblea Federal del Estado de Cumaná. Mientras tanto no descuida a sus enfermos, no abandona sus estudios; va a Cariaco a curar una paciente; baila y galantea, porque es mujeriego. En 1811 pasa a La Guaira, después de agrios desacuerdos con la junta cumanesa”.

Además de las desavenencias políticas con los miembros de la Junta de Gobierno de la provincia alguna muchacha cumanesa, las que tienen fama de hermosas y atractivas, tuvo que ver con el trastorno que se produjo en su espíritu, porque él mismo explica que después de dos años en Cumaná y cuando apenas tenía 25 de edad, creyó de indispensable necesidad pasar a La Guaira, “ya para escudarme de las grandes mortificaciones que causaban a mi espíritu las mutaciones y turbulencias del gobierno, ya para impedir la ruina de mi libertad por medio del matrimonio o de una nueva tentación”. El temor a una nueva tentación debía estar relacionado con otra cumanesa, distinta a la que estuvo a punto de arruinarle su libertad.

El cuidarse de las cuestiones políticas y sentimentales tenía para él en aquellos momentos una razón fundamental y poderosa. Era su persistente aspiración de viajar a Norte América, pasar cuatro o cinco años allí aprendiendo el inglés, realizar estudios y mejorar sus conocimientos científicos.

Su regreso a La Guaira va a asociarlo a un hecho catastrófico que va a darle oportunidad de demostrar su capacidad profesional, su solidaridad humana y su comprensión ante las realidades desafortunadas. “El de 1812 se consumó mi desgracia —confiesa— y desde el 26 de marzo en que acaeció el espantoso terremoto que arruinó de todos modos mi desgraciada patria, yo bebí a grandes tragos la amarga copa que la providencia me había deparado. Lejos de ir al Norte yo fui la víctima de la malevolencia. Perdí mi salud, mi robustez, todo”.

La actuación del doctor Vargas durante el terremoto y sus consecuencias posteriores la recoge el acta del ayuntamiento de La Guaira algo más de un mes después, el 1º de mayo, en la que se asienta: “La Municipalidad, que ha estado a la mira de los que más se distinguieron en la calamidad y confusión del terremoto del 26 de marzo por la tarde, vio con mucha satisfacción que entre varios que socorrieron la humanidad sobresalió uno de sus hijos, el ciudadano doctor José María Vargas, acudiendo desde la misma hora del desgraciado acontecimiento a sacar de entre las ruinas los heridos y moribundos, cargando muertos en compañía de sus hermanos y día y noche socorrió con medicamentos y continúa asistencia a cuantos heridos y contusos encontraba, salvando la vida de muchos infelices y estableciendo un hospital en la misma plaza, donde reunió y curó a muchos de ellos, sin dejar de asistir a los que salieron fuera de puertas, continuando como lo está aún en el día, asistiéndoles, por ser el único facultativo que la providencia salvó de la terrible catástrofe”.

Ante una conducta así los munícipes de La Guaira buscan alguna forma de reconocer y recompensar de algún modo el singular comportamiento.

“Tan distinguidos servicios hacen al doctor Vargas —continúa el texto del acta— acreedor a la gratitud de la humanidad, y la Municipalidad no halla otro modo de recompensar estos rasgos de generosidad hacia sus semejantes que nombrándole Médico de Sanidad de la Villa, señalándole por dotación, por ahora, los derechos acostumbrados de visitar las embarcaciones y 25 pesos más, mensuales, de fondos de propios, como gratificación por la asistencia gratuita a los enfermos pobres”.

Este documento nos dice el grado de admiración y de estimación pública que había despertado el gesto heroico y magnífico del doctor Vargas y aquel ayuntamiento, representante de la colectividad, en una ciudad en ruinas y sin recursos, quiere demostrarle su simpatía y aprecio de una manera objetiva, más como una expresión de gratitud que de resarcimiento.

El doctor Vargas responde en una hermosa carta al siguiente día:

“He recibido vuestro oficio fecha de ayer, con la copia adjunta del acta que el Cuerpo Municipal ha tenido a bien celebrar espontáneamente en mi favor. La gratitud a que he dado motivo es más el efecto de sus sentimientos filantrópicos que la prueba de mi merecimiento. En los lastimosos momentos de azote tan espantoso, nadie, sino los perversos, dejó de aplicar toda su posibilidad al consuelo de la humanidad doliente. A no haberlo yo hecho, con respecto a mi facultad bienhechora, yo habría sido el hombre más criminal; y en el desempeño de un deber tan sagrado no soy acreedor a alabanzas ni a recompensas. Yo continuaré siempre llenando mi obligación hasta la perfecta curación de los estropeados que aún restan por sanar, sin que sea preciso cargar los fondos de propios con el nuevo gravamen de 25 pesos mensuales. Por lo que respecta a las visitas de sanidad las haré por no haber otro facultativo. . . Las atenciones con que me honra esa Municipalidad serán un título más para consagrarme con todas mis fuerzas al servicio del pueblo. . .”.

En su carta el doctor Vargas advierte que ha recibido una comunicación del Poder Ejecutivo de Cumaná en la que lo nombran médico del hospital de aquella ciudad, a la que sin dudas le tiene gran aprecio, por lo que le pide a la Municipalidad se dirija a la referida autoridad disculpándolo, porque “es necesario hacer entender los motivos que me impiden ponerme en marcha para corresponder con mi presencia en aquel país de mi predilección”.

Cumplidos sus compromisos en La Guaira, contraídos con ocasión del terremoto, el doctor Vargas vuelve a Cumaná para atender el cargo para el cual se le ha designado. Aquí lo sorprende la caída del gobierno republicano. Con la llegada del teniente Francisco Javier Cervériz el 15 de diciembre de 1812 toda la ciudad se puso en consternación. Desde la misma noche de su arribo empezó la represión, comenzando por detener a veinticuatro de las personas más notables, entre las cuales estaba el doctor José María Vargas. Junto con otros fue enviado prisionero a las bóvedas del castillo de La Guaira, modo éste como ahora regresaba a su ciudad natal.

La carencia de facultativos hizo que las autoridades realistas utilizaran inmediatamente sus servicios. En ocasión de encontrarse enfermo tanto el Coman-

dante del bergantín español "Manuel", como algunos tripulantes, fue llevado a bordo para atenderlos, lo que dio ocasión para que el Comandante del buque, donde pasaría la Navidad, le ofreciera el cargo de Cirujano. No podemos asegurar que la iniciativa más bien partiera de Vargas, pero podría ser así, porque esto le daba oportunidad de salir al exterior, en donde cumpliría con su aspiración de dedicarse a los estudios. Mas el sargento Francisco Mármol, Jefe de la Plaza, al tener conocimiento del asunto creyó oportuno participarlo en consulta al gobierno de Caracas, a lo que contestó Monteverde:

"Por ningún motivo permita que el médico Vargas que se halla en esa plaza se embarque en el bergantín Manuel con ningún pretexto y así se lo hará entender a su comandante".

A esto es a lo que se refiere Vargas en su diario cuando dice:

"Constante aún en mi proyecto pensé ir, al cumplir los 27 de mi edad, al Norte, después de haber perdido dos años; pero dos prisiones injustas, del abominable y bárbaro gobierno de Monteverde, me lo impidieron. Yo fui obligado a perder seis meses más, preso un mes, el de junio, y después por la negación del pasaporte por el comandante Mármol".

Vargas permanece en La Guaira, con una precaria libertad, ejerciendo su profesión. Va a estar allí en el mes de agosto cuando Bolívar llega triunfante a Caracas como culminación de la llamada Campaña Admirable. Esto le va a permitir apresurar los preparativos del viaje, ya no para Norte América como pensaba antes, sino para Inglaterra.

Sale de La Guaira a principios de noviembre de 1813 en un convoy de barcos ingleses y llega a Edimburgo a principios de febrero de 1814. Tres meses y doce días duró la travesía, según anota él mismo. El va a capacitarse, a ampliar sus conocimientos para servir a Venezuela. Pero ésta no ha logrado todavía consolidar definitivamente sus instituciones. El sabe que la ha dejado en guerra contra sus opresores pero ignora que su llegada a Edimburgo coincide con uno de los momentos más críticos para el movimiento republicano. Boves y Rosete amenazan a Caracas. Monteverde se ha negado a aceptar las condiciones patriotas para canjear los presos. La situación de La Guaira —su tierra natal— es muy comprometida. La pequeña guarnición no puede responder por su seguridad porque es muy crecido el número de presos que hay en el Castillo. El Libertador recuerda la pérdida del castillo de Puerto Cabello bajo su mando por la traición de Fernández Vinoni y la participación de los presos. Está en vigencia el decreto de guerra a muerte. Por eso Bolívar, considerando que no hay otra alternativa, toma la tremenda decisión que transmite al coronel Leandro Palacio: "Ordeno a usted que inmediatamente se pasen por las armas a todos los españoles presos en esas bóvedas y en el hospital, sin excepción alguna".

En Inglaterra, además del idioma, el doctor Vargas estudió las más variadas materias en relación con su profesión o afines a ella. En Edimburgo le otorgan los

certificados de Obstetricia, Odontología, Química y Botánica, más el título de Cirujano-Oculista. Al terminar sus cursos se viene a Puerto Rico, donde ejerce por casi ocho años. Que siempre está pensando en Venezuela se nota en una carta que dirige a su hermano: "Lo que más deseo y forma el colmo de mis aspiraciones —le dice— es establecer en nuestra patria las primeras bases de un instituto científico, a nivel de la riqueza y magnificencia de su suelo, de su valor, y de la figura que hace ya por sus talentos y esfuerzos militares, y de la sagacidad y espíritu que marcan tan bien a sus habitantes. Si yo llego a verme en cualquiera capital de Colombia dejando entre mis paisanos mis pocas luces, mis libros, mis trabajos y cuanto he hecho con mi perseverancia y mi industria... ya me creeré del todo satisfecho. Me contemplo aquí como en espectación o en preparativos siempre para trasladarme a mi país".

A fines de 1825 regresa a Venezuela y es nombrado, poco después, Médico Cirujano del Hospital Militar. Al enterarse del estado de atraso en que está la Universidad ofrece su colaboración al Rector y, autorizado por éste, abrió en noviembre de 1826 una cátedra gratuita de Anatomía Práctica, la cual funcionó en su casa y a sus propias expensas.

En esos menesteres estaba cuando vino Bolívar a Caracas. El Libertador supo apreciar en él sus dotes de científico y de hombre ilustrado, por lo que reformó por decreto los Estatutos de la Universidad para que pudiera ser nombrado Rector y le dio la misión —que fue cumplida cabalmente— de transformar la estructura de la institución, modernizar sus métodos de estudio y elevar su eficiencia a la altura de poder formar profesionales útiles a la colectividad venezolana.

La cultura y los conocimientos que trascienden en Vargas lo hacen el centro que magnetiza a la sociedad caraqueña. Todos quieren acercársele o atraerlo. En esto va a entrar muy pronto, también, la política. Algo de esto hay en la intención de Páez cuando, sin consultarlo, en diciembre de 1829, le nombra Prefecto del Departamento de Venezuela. Las cartas que los dos se cruzan con este motivo son de antología. Uno expresa una especie de humildad un tanto irónica. El otro un halago apologetico de una gran valía.

"Mi gratitud —dice Vargas— sólo puede ser excedida por mi sentimiento de sorpresa al verme objeto de la elección de usted para tan arduo cargo. Mas la idea sola de aceptarlo sería en mí un crimen contra la confianza y el público... Nada entiendo de administración de rentas ni de gobierno; ignoro (lo digo con vergüenza pero con sinceridad) hasta las atribuciones de un prefecto; nada sé fuera del círculo de mi profesión médica, en la que trabajo constantemente por ser algo para consagrarlo a mi patria y a mis semejantes... Es un principio social que por honroso que sea el puesto a que se nos eleve, si falta un mérito adecuado para llenarlo, sólo sirve para hacer resaltar nuestra incapacidad y colmarnos de oprobio o, por lo menos, de ridículo... Identificado con estos sentimientos suplico humildemente a vuestra excelencia me permita no aceptarlo, y no dudo por eso de que mi poca capacidad profesional y como un ciudadano particular estoy enteramente sometido a sus órdenes".

Páez, para insistir en su propósito, le escribe:

“Conozco que la moderación de usted le hace desconocer su propio mérito y los grandes y útiles servicios que con sus talentos y virtudes está en aptitud de hacer a su patria, en una época en que el civismo debe estimular a cada uno a ceder a todos los demás. Muchos conceptos pudiera añadir en su elogio, si el mejor de usted no se encontrara en la reputación sin reserva con que el público le distingue. No veo en las razones que contiene su contestación del día de ayer sino la timidez laudable de su alma que no está tocada de la ambición y que inesperadamente se encuentra excitada a poner en ejercicio los resortes de una capacidad sobre la que no había meditado. . . Mucho bien prometo a la patria de su designación: la elección es mía, es la elección de mi juicio y de mi corazón. Si esto puede ser un motivo más para su deferencia espero que sin más dilación pase a tomar posesión de la magistratura”.

Vargas seguidamente se disculpa:

“Vuestra Excelencia puede estar cierto de que el día de hoy es uno de los más pesarosos de mi vida, sólo por no poder acceder a su voluntad. . . Esta negativa mía no puede dar un mal ejemplo porque el civismo en cuanto a los servicios debe ser puesto en acción según la posición y capacidad de cada individuo, y la temeraria ingerencia en asuntos que comprometen la causa pública, con el pleno conocimiento de haber de dirigirlos mal, lejos de ser civismo es un crimen con la patria, la cual no exige de cada uno más servicios que los que están dentro de los límites de su capacidad”. Y haciendo un símil con lo militar que bien conoce Páez le argumenta: “Aceptar una magistratura sin poder desempeñarla sería tan temerario como aceptar el mando de un cuerpo de tropas con el consentimiento de ir a sacrificarlo. Yo no imploro otro juez en mi caso, que el buen juicio y el corazón de usted”.

Así era su conducta ciudadana. Así sería siempre su comportamiento ante el empeño de llevarlo a empinados cenáculos. Su temperamento no era para el regocijo burocrático y el ocio remunerado. El estaba hecho para el trabajo de índole intelectual, para las enmarañadas fórmulas científicas, para el ejercicio de la bondad y la práctica de una vocación de servicio que en él tenía un carácter congénito.

El era un hombre consagrado al bien y a la justicia. Era, en este sentido, un enemigo de las arbitrariedades. Recuérdese la comunicación que envió al Comandante de Armas de Caracas cuando, como médico del Hospital Militar, constató que la muerte de un soldado se debía al castigo de cincuenta palos y su abandono a la intemperie. “Sin mezclarme de modo alguno en la justicia del castigo —dice al Jefe de la Plaza— sólo observaré que la ley, siempre humana y protectora del hombre y del servidor de la patria, aun cuando castiga los crímenes, describe menudamente las circunstancias de cada pena para no convertir una en otra, ésto es, la de azotes en la capital, que es quizás más cruel y lastimosa que la ejecutada en un pronto suplicio”.

Vargas fue un predicador, un reformador y un ideólogo. En sus discursos de la Sociedad Amigos del País —agrupación cuya idea él trajo de Puerto Rico, donde existía una igual— y en otras disertaciones suyas, están latentes los rasgos de su condición de eminente orientador social.

“El amor al trabajo o a una honesta ocupación —afirma— es la base principal de la comodidad individual, así como de la felicidad y orden públicos; y este amor al trabajo es en todos los climas y pueblos del globo el resultado de la estructura misma del gobierno, de sus leyes e instituciones acertadas, y de la útil cooperación de los gobernados por un sistema de asociación”. Más adelante recomienda: “Es necesario asociar en el corazón de cada venezolano el gusto del trabajo con la esperanza de su remuneración, el dulce goce de sus necesidades satisfechas con el más dulce todavía de la esperanza fundada de asegurar la satisfacción de las necesidades venideras. Entonces esa alternativa de trabajo y descanso, de lisonjeras esperanzas y satisfacciones, de goces anticipados y goces poseídos, formará una felicidad sin interrupción en todos ellos, un orden y un bienestar nacional. Cuando el gobierno haya conseguido este importante fin habrá formado ya la ventura pública, a pesar de que ni en los particulares ni en el Estado existe la opulencia, porque no son las grandes riquezas de algunos lo que constituye la fortuna de un pueblo, gobernado según la forma del nuestro”.

Es admirable su moderno concepto de prevención como fórmula para combatir la delincuencia. “Aun suponiendo que pudiera ser la ociosidad delincuente puntualmente castigada y la vagancia conocida forzada al trabajo —observa—, esta coacción rígida e inexorable tendría a veces todos los caracteres de la injusticia y la crueldad, si a la vez no se ofreciera a todos los venezolanos alguna industria capaz de producirles, con una regular consagración al trabajo, una módica subsistencia. Tales leyes aisladas, sin los medios de cumplir con ellas, no harían más que crear, para castigarlos, delitos o contravenciones, en vez de prevenirlos”. De ahí que recomiende, con una clara concepción rousseauiana, procurar ocupación a todos, ir creando día a día nuevos ramos de industrias, adaptando los diversos grados de éstas a las varias condiciones de la sociedad y *metodizar* —fíjense en la expresión— metodizar en lo posible la economía de los diferentes gremios de artesanos y protegerlos.

“Esta empresa —anota— es peculiar al sistema asociado de luces y recursos de los cuerpos económicos, siendo por su estructura los únicos establecimientos que, sin excitar los recelos y alarmas que comunmente inspira toda autoridad gubernativa, pueden atraer a su seno luces de todas partes, discutir las, depurarlas, y ya metodizadas con claridad y sencillez, radiarlas simultáneamente a todos los puntos de la República. Este feliz acuerdo —aquí viene el planteamiento del Pacto Social que ahora nosotros estamos empeñados en llevar a la práctica— entre las leyes, su ejecución y la cooperación asociada de todos los hombres de algún influjo y luces, inspirados de una misma convicción, animados de un mismo sentimiento, obrando en un mismo sentido, muy pronto empezaría a dar el precioso fruto de una industria generalizada y benéfica, de un bienestar progresivo, del orden, contento y comunidad universal”.

Los venezolanos estamos descubriendo, por el conocimiento que vamos alcanzando progresivamente de su personalidad y de su obra, que el doctor Vargas hizo muchas cosas. Por eso podríamos colocarnos en la situación de responder cuando nos proponemos algo: Ya se lo propuso José María Vargas; cuando de-

timos algo: Ya lo dijo el Maestro Vargas; cuando pensamos algo: Ya lo pensó el Sabio Vargas.

Aunque son personajes antagónicos José María Vargas y Simón Rodríguez, hay un punto un tanto polémico en que podemos acercar el paralelo: es el de la falsa apreciación que en algunos aspectos nos han hecho concebir de ellos. A uno se le nombra y se le conoce más por su participación política, que era lo menos de que gustaba; mientras que el otro, bastante desasistido de la suerte, se le nombra y conoce más por sus extravagancias, las que se le atribuyen para hacerlo pasar por loco, lo que éste ciertamente no era. Es en estos tiempos cuando la investigación imparcial, seria y responsable, ha hecho conocer de los dos sus verdaderos dones: su sabiduría, su notable inteligencia, su profunda voluntad creadora, su extensa cultura y su entrañable amor por Venezuela. Por coincidencia los dos quisieron, admiraron, valoraron y defendieron al agregio general Simón Bolívar. Y estos sentimientos y actitudes suyas, como venerables reliquias, es lo que nos hace comprender hoy la dimensión humana del hijo de Caracas, el por qué cada día se estudia más, se conoce más, se estima más y se universaliza más la enhiesta figura y la gloria excelsa de nuestro insigne Libertador.

No obstante su alérgico rechazo a la figuración pública, contrariamente a lo que hace el común de las gentes, Vargas llegó, por voluntad colectiva de los que lo sabían necesario y útil, a las más altas posiciones. Fue, entre otros cargos destacados, Congresante y Presidente de la República. A ellos llegó oponiéndose al designio de los demás, alegando que él era imprescindible y solicitado con urgencia en las funciones para las cuales se había preparado, las que eran, por lo demás, las más directas en su comunicación altruista para favorecer al pueblo.

Los acontecimientos que más se resaltan de su vida pública son su elección de Presidente, su actuación en la Primera Magistratura y la tragedia de su derrocamiento. En este último caso se relievan sus valores cívicos, su capacidad de tolerancia y su entereza moral. Se destaca el episodio del encuentro con la fuerza insurrecta y el diálogo con el oficial que lo hizo prisionero. Se presenta a éste como la expresión del bruto, lo que no era verdad. Están equivocados los que lo pretenden así. No se enaltece más al sabio cuando se desmerece el rasgo del violento. Esto, pero no bruto, era Carujo. El era, sí, la personificación de la ambición. No de la ambición suya solamente. Era el instrumento de la ambición de todos, de aquellos que se sentían frustrados por no haber podido cobrar, en un tiempo de miseria generalizada, el precio que pusieron a sus sacrificios. Muchos tenían sobrada razón, pero ésta les era mal estimulada por las bajas pasiones, la envidia y el resentimiento, lo que —ya en la vía del gesto impetuoso— hizo que cayeran en el antagonismo de la sin razón.

Vargas, derrocado su gobierno, es deportado a San Thomas. A los doce días regresa a Caracas llamado por Páez, quien ha logrado recuperar la Capital, para que se reencargue de su Magistratura. Al hacerlo dicta una proclama para mostrar su agradecimiento al general victorioso, restaurador del Poder Civil, y al considerarlo émulo de Washington, ilustre caudillo y Padre de la Patria, ofrécele seguir sus ideas y determinaciones, alabando “el poder irresistible del patriotismo, de la lealtad, de las virtudes y de la temida opinión del valor y glorias de nuestros fieles capitanes”.

Las palabras que anteceden parecen haber envanecido al caudillo llanero, quien desde entonces se manifiesta descontento con el gobierno, retraído de los asuntos públicos, indiferente y desconfiado. Todo esto hace que el Presidente Vargas se entreviste con él en Maracay, pero la reunión resultó envuelta en una atmósfera de absoluta frialdad. Al final el general insinuó ideas de obediencia, ambigüedades que parecían imponer cierta tutela y proposiciones inaceptables.

Al doctor Vargas le resultó desconsoladora la actitud del caudillo y esto, acompañado del deterioro social y del clima de anarquía reinante, lo hizo pensar en renunciar y así procedió el 14 de abril de 1836. El Presidente del Congreso, al participarle la aceptación de su renuncia, le da el título de Magnánimo. Y eso era en verdad quien abandonaba voluntariamente la más alta investidura, para dedicarse a sus actividades científicas y volver a la simple condición de ciudadano.

Ahora estamos aquí conmemorando los ciento noventa y nueve años —casi dos siglos— de su nacimiento. No debemos, por tanto, hablar de su deceso. El está aquí con nosotros en esta clara mañana porteña, junto al mar que repite su nombre con el eco de sus profundidades, para renovar su mensaje, reafirmar el signo de su ejemplo y advertir que su enseñanza no fue para dejarla en el pasado sino para difundirla, sistematizarla, adaptarla a los progresos de la ciencia, los alcances de la cultura y los adelantos de la civilización, proyectándola con los recursos de la técnica —que nunca pueden ser negados— hacia el rumbo de las nuevas sorpresas que nos guarda el porvenir.